

LECTOR

Te ofrezco este nuevo volumen de mi Biblioteca de divulgación de la cultura andaluza contemporánea, con mayor satisfacción, si cabe, que los tomos anteriores. ¿Por qué? Por ser el libro que mayor suma de esfuerzo, de investigación y de paciencia me ha costado y, ya se sabe, que se aprecia más, lo que más trabajo y sacrificio impone.



Reunir, como he logrado, nombres y datos biográficos de seiscientos y tantos comediógrafos, catalogar las obras de cada uno de ellos y ofrecer a la publicidad un repertorio que excede de 7,000 títulos, es empresa bastante ardua, sobre todo cuando esa labor se realiza a la distancia de España y en las precarias condiciones de documentación que yo la efectúo.

No tengo noticias de que se haya publicado nada igual o por lo menos, tan prolijamente detallado. Creo que serán contadísimos los autores andaluces que escapen a mi investigación y escasas también las obras que no aparezcan en los índices de producción de cada comediógrafo.

Figuran en este volumen todos o casi todos los andaluces que han dado al teatro español contemporáneo los frutos de su ingenio, lo mismo los consagrados por la fama que aquellos que no lograron traspasar sus umbrales. No siempre al talento acompaña la suerte, aunque el esfuerzo inicial en unos y otros haya sido el mismo y todos fueran a la lid animados por un legítimo deseo de triunfar.

Una simple ojeada a este libro te permitirá apreciar el vasto campo de acción de los comediógrafos andaluces. Cierta parte del público, influida por ese falso concepto que

de Andalucía se tiene, podrá creer que, por el hecho de ser andaluces los autores, sus obras han de constituir, sin excepción, el reflejo de esa pandereta con madroños o de esa guitarra con caireles que la fantasía ha creado como pintoresca y exclusiva manifestación de la vitalidad andaluza. ¡Lamentable error! En el teatro andaluz figuran al lado del sainete de costumbres populares, el melodrama truculento y la tragedia; la alta comedia se codea con el entremés y, el drama histórico con el juguete cómico.

De Andalucía, cuna de todo anhelo de emociones nuevas, han surgido los grandes dramaturgos románticos y los más ilustres dramaturgos realistas. Todas las modalidades del teatro español han tenido sus mejores intérpretes en los autores andaluces y a ellos debe España sus más afamadas obras.

El romanticismo teatral se inició con Martínez de la Rosa del cual fueron excelsos continuadores el Duque de Rivas y García Gutiérrez. El teatro realista debe sus primeros pasos a López de Ayala, para intensificarse con Sellés y Novo y Colson y adquirir su definitiva consagración con López Pinillos. El sainete nació con González del Castillo para luego hacerse perdurable e insuperable con Javier de Burgos y los hermanos Álvarez Quintero. La revista surge de la inspiración de Gutiérrez de Alba; la zarzuela grande, de Luis de Olona y el género chico, de esa pléyade de autores que con Fernández Shaw, Jackson Veyan, Perrin, Paso y tantos otros, lo elevaron a la cúspide de su glorioso desenvolvimiento. El teatro poético reaparece con Villaespesa, Jurado de la Parra, los Machado, Cristóbal de Castro y López Alarcón, seguidos en su senda prócer por García Lorca y Pemán; el teatro histórico resurge con Cavestany, Eguilaz, Cañete y Fernández y González; el político, tiene su iniciador en Asquerino y hasta el teatro llamado de astracán, arbitrario pero graciosísimo, cuenta entre sus creadores con Muñoz Seca y Pérez Fernández.

No existe género alguno en la dramática española que los andaluces no hayan cultivado. Y por tal motivo, el teatro andaluz, el primero por su riqueza y variedad, presenta esa

gama multicolor que lo hace el más pintoresco, interesante y fecundo de la España contemporánea, al mismo tiempo que el más grave, reposado y austero.

Tú mismo, amigo lector, podrás juzgar de su importancia hojeando estas páginas que la devoción por mi tierra ofrece a tu curiosidad y a la consideración universal, al mismo tiempo que como documento aprovechable para la historia del Teatro español.

En esta manifestación cultural hispánica, los andaluces van, como siempre, a la cabeza. Lo demuestra el hecho de que, según una estadística que se ha publicado, el número de obras teatrales de todos los tiempos, existentes en la Biblioteca Nacional de España, asciende a 29,626 y yo presento en este libro más de 7,000 títulos de obras escritas por andaluces ¡solamente en el siglo XIX y en lo que va del que cursa!

Y eso que la indolencia, según el decir de ciertas gentes atrofia, en Andalucía, toda actividad creadora.

Recordemos la frase lapidaria de Villaespesa:

—¡Bendita tierra, donde la pereza es tan diligente!

FRANCISCO CUENCA.